

CAPITULO XXXIX.

Segue el reinado de Mocteuhezuma: muerte de Nezahualpilli y division del reino de Acolhuacan.

El espíritu de los mexicanos estaba de tal manera acostumbrado al cruento culto de los sacrificios humanos, que con ellos creian dar la mayor veneracion á sus falsas divinidades; y de tal manera iba en aumento tan bárbara costumbre, que pareció á Mocteuhezuma ser muy pequeño el altar de los sacrificios y determinó renovarlo, para lo cual mandó labrar una piedra de extraordinaria magnitud, que por todo el pueblo fué conducida desde Coyoacan al templo mayor de la capital; y en una fiesta que fué de las principales entre los mexicanos, se inauguró recibiendo la sangre de mas de doce mil víctimas preparadas en tres años de guerra contra Tlaxcalan, Huexutzinco, Atlixco, Tepatepec y Malinaltepec.

En esta continua agitacion de los mexicanos para sujetar á todos los pueblos y cargarlos con su yugo haciéndolos pagar cuantiosos tributos que enriquecieran los suntuosos palacios de la soberbia Tenoxtitlan y que proporcionaran víctimas con cuya sangre se regaran continuamente los altares de sus terribles divinidades, llegó el año de 1516. Nezahualpilli, el sábio monarca de Tezcoco, que hasta allí habia procurado seguir en el gobierno de sus pueblos con la rectitud y prudencia que habia heredado de su ilustre padre, por descansar unos dias de las fatigas de cuarenta y cinco años de sostener el cetro se retiró á la casa de campo que tenia en el bosque de Tecutzinco, donde se divertia en el ejercicio de la caza, y pasaba gran parte de la noche en un observato-

rio construido en la azotea de su palacio y que se conservó hasta mucho despues de la venida de los españoles: allí observaba el movimiento y curso de los astros y conferenciaba con los mas sábios astrónomos de su reino, lo cual le proporcionó aventajar tanto en esta ciencia y su pueblo aumentó los conocimientos en esta materia que le era tan familiar desde los tiempos mas remotos.

Seis meses pasó el rey en aquel retiro, y conociendo próxima su muerte, volvió á su palacio de Tezcoco, llamado Hueitecpun ó gran palacio de los reyes de Acolhuacan: pasados algunos dias dejó en él su querida Jocotzin con sus hijos, y él se retiró al de su ordinaria residencia encerrándose en él sin dejarse ver sino de los ministros de su mayor confianza; y para poder á ejemplo de su padre ocultar al pueblo su muerte, mandó que su cadáver fuese quemado, y murió sin nombrar sucesores para el trono, lo cual ocasionó la division entre sus hijos, la ruina de su reino y cooperó tambien á la fácil conquista de los españoles. Este rey tuvo las mismas opiniones religiosas que el gran Nezahualcoyotl: y habiendo seguido en todo sus pasos, cuanto pudiera decirse en su elogio está dicho al hablar de su ilustre padre cuyas virtudes supo imitar fielmente.

La inflexibilidad en la aplicacion de las leyes, dió lugar en su vida á un hecho que puede calificarse de severidad extrema; habia en su corte una ley prohibiendo bajo una pena de muerte hablar en palacio palabras indecentes; y un dia su hijo Huexotzincatl por una juvenil inconsideracion violó esta ley en presencia de sus ayos y de una de las concubinas, que inmediatamente dió aviso al rey. El mandó hacer la averiguacion, y resultando ser cierto el hecho, pronunció la sentencia de muerte contra su hijo á pesar de ser el que mas amaba. Jocotzin madre del príncipe, toda la nobleza de la corte y el mismo Mocteuhezuma que pasó á Tezcoco

con el solo fin de rogar porque no se ejecutara aquella sentencia, suplicaron inútilmente, pues ni las razones de los poderosos suplicantes, ni las plegarias hechas por la reina acompañadas de sus lágrimas, ni el llanto de sus hijos fueron bastantes á disuadir al monarca de su invariable resolución. «Mi hijo, decía el rey, ha violado la ley: si lo perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan mis súbditos que á ninguno de ellos será perdonada la transgresion, puesto que la castigo en el hijo que mas amo.»

Así como era inflexible en el castigo de los culpables, era tambien misericordioso y compasivo con los necesitados. Tenia su palacio una ventana para el mercado y por medio de una celosía observaba allí diariamente á toda la gente del pueblo, viendo cuales eran sus necesidades, que luego procuraba remediar: los enfermos y huérfanos diariamente recibian en su palacio una parte considerable de las rentas del rey, y otra no menos considerable, se consumia en el hospital de Tezcoco donde á sus espensas vivian los inválidos en el servicio público. Con el cadáver de este gran monarca, bajó tambien al sepulcro la gloria de la dinastía chichimeca, pues lo poco que le sobrevivió el trono de Acolhuacan, fué entre la division de sus hijos, que prepararon las cosas para la última ruina de la monarquía.

Cuando el supremo consejo se aseguró que el soberano habia muerto sin dejar nombrado sucesor para el trono, se reunió para deliberar sobre aquel asunto que era de vital importancia para el estado. El mas anciano de aquellos nobles, tomó la palabra para manifestar que el príncipe Cacamatzin era el que tenia mejores derechos para ocupar el trono, así por sus prendas personales, como por ser el primogénito que tuvo el emperador en la primera princesa mexicana que habia tomado por esposa: este dictámen no halló oposicion en el consejo por-

que el respeto debido al anciano que lo manifestó se llevó tras de sí á todos los consejeros. Entonces se hizo que los príncipes entraran para hacerles saber la resolución que se habia tomado, la cual elogió Coanacotzin; pero el fogoso Ixtlixochitl que era naturalmente ambicioso, reprendió la ligereza de su hermano con conformarse con el parecer del consejo, pues Cacamatzin no teniendo la dignidad necesaria para empuñar las riendas del gobierno, seria un ciego instrumento de Moctehuzuma, que no perdía ocasion de menoscabar la independencia del trono. Coanaco, que á mas de conocer la legitimidad de los derechos de su hermano electo, procuraba la paz interior del estado, le replicó. «No es prudente hermano mio, oponerse á una resolución tan sabia y tan justa. ¿No hechais de ver que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me perteneciera á mí y no á vos?» «Es cierto, respondió Ixtlixochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe á Cacamatzin y á vos en su defecto; pero si se prefiere como es justo, al valor, corresponde á mí solo.» Despues de acalorados razonamientos, el consejo creyó no debia retroceder en su resolución y dejándola subsistente, puso término á la discusion.

El príncipe electo partió luego para México á poner de acuerdo al rey en su eleccion, y este no solo le ofreció sus fuerzas para sostener la resolución del consejo, sino que comisionó á su hermano Cuitlana, para que con la nobleza mexicana, pasara á Tezcoco á celebrar la solemne coronacion de Cacamatzin; pero Ixtlixochitl, desde que vió salir á su hermano para Tenoxtitlan, previó los compromisos que debia contraer con el rey mexicano, con mengua de su dignidad personal y de los derechos de su corona: así fué, que convocando á sus partidarios, se fué á los estados de los montes de Meztitlan, cuyos señores por haber sido sus ayos, le tenian grande aprecio y estaban

dispuestos á seguir su causa. Contando ya con este apoyo, convocó á los demas señores de todas aquellas montañas, haciéndoles comprender en que peligro estaban el honor y la libertad de la nacion chichimeca, si quedaba á merced de Cacamatzin, siendo tan condescendente con la voluntad del ambicioso rey de México; y que siendo las miras de este, usurpar tambien la corona del reino de Acolhuacan, él les invitaba para defender la nacion de aquel peligro. Todos aplaudieron el pensamiento del príncipe y alistando cada uno la fuerza de sus ciudades, se formó un ejército numeroso con que bajaron luego de la sierra; y atacando á Otompan, allí obtuvieron su primer triunfo apoderándose de la ciudad.

Cacamatzin al recibir estas noticias, temió que Ixtlixochitl avanzara hasta apoderarse de la corte; y deseando no aventurar la posesion de la corona á los caprichos de la guerra, pensó sacrificar una parte de sus estados para conservar pacificamente el resto: con esta fin mandó una embajada á su hermano, ofreciéndole el dominio de los estados que lo habian reconocido, á condicion de que abandonara toda otra pretencion, para conservar él la corona con los demas estados, cuyas rentas queria dividir con su hermano Coanacotzin. El príncipe en quien parece habia efectivamente un fondo de sinceridad, recibió á los embajadores con respeto y consideracion, manifestando aceptar por entonces el ofrecimiento de su hermano. Al mismo tiempo les advirtió: que aquellas fuerzas las guardaba para librar á la nacion, de las miras de usurpacion de los mexicanos; y encargaba mucho á sus hermanos, se cuidaran de caer en las redes que les tendia la política del astuto Mocteuhezuma.

Con este tratado, el reino de Acolhuacan quedó en paz aunque dividido su poder entre los hermanos; pero Ixtlixochitl siguió hostilizando á los mexicanos con quienes

tuvo frecuentes combates, manteniéndose así en esta enemistad, hasta la venida de los españoles, que supieron esplotar en daño de todos los pueblos que fueron víctimas de sus disenciones. En una de las acciones salió un noble de Iztapalapan pariente de Mocteuhezuma, quien ofreció al rey pelear con tal denuedo, que pudiera tomar prisionero á Ixtlixochitl y llevarlo maniatado á su presencia; pero fué al contrario, pues este arrogante azteca cayó preso, y el príncipe tezcucano, sabedor del ofrecimiento que le habia hecho al rey de México, lo mandó poner en un monton de cañas secas y allí lo quemó vivo en presencia de su ejército.

Por todo este tiempo, la corte de México se mantuvo en guerra con estos ejércitos de Ixtlixochitl, lo mismo que con los tlaxcaltecas, pues la encarnizada lucha de estos dos pueblos rivales, no cesó sino hasta la venida de los españoles. A mas de estas guerras que se mantenian casi á las puertas de la capital, las huestes aztecas iban á proclamar á lejanas regiones el nombre de Mocteuhezuma, que como dice el P. Torquemada, «era tan gran señor en aquella tierra y llegó á ser tanta su fama, que no se nombraba otra cosa en ella, sino solo su nombre.»

Despues de vencer á los de Tlachquiauhco que destruyeron hasta dejar despoblado el territorio, salieron contra los jopes, que se habian revelado contra la guarnicion mexicana de Tlacetepec, y de ellos hicieron gran número de prisioneros, que vinieron á ser víctimas en la dedicacion que se hacia en la capital, del templo llamado Tlamatzinco. En ese mismo año hicieron la guerra á los de Nopallan; y en el siguiente, atravesando por la Huasteca, rindieron y sujetaron al imperio á los Quetzalapaneses.

En los últimos años, Mocteuhezuma hizo la guerra á los de Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan: á los

chichimecas de los montes de Meztitlán: á las provincias de Mazatzintla y de los zacatépecas; y sin dejar la que incesantemente se hacia á la república de Tlaxcalan, sus ejércitos se apoderaron de las provincias de Guatemala y pasaron victoriosos hasta Nicaragua, cuyas ricas tierras le proporcionaron grandes riquezas, así en víctimas humanas, que á millares se inmolaban en los innumerables *teocallis* de la sangrienta Tenoxtitlan, como en oro, piedras preciosas, hermosas plumas, cacao y licores de que usaban los naturales de aquellas tierras, bálsamos, muchas resinas olorosas, y otros muchos objetos, que se repartian entre la ciudad de los vencedores. (1)

Con estos rápidos progresos y tantos triunfos alcanzados en remotísimos lugares, el reino de Tenoxtitlan llegó á la mayor plenitud de su poder. ¡Pero cuán cierto es, que no forma la felicidad de los frágiles poderes de la tierra, ni la extension del territorio, ni la confusa aglomeracion de súbditos. Antes bien, cuando estos se aumentan en una proporción extraordinaria sin estar amalgamados por los principios de una sabia y justa legislación equitativamente ejecutada, ellos mismos se convierten en elementos de disolucion, porque cada pueblo injustamente oprimido, se torna en un enemigo pronto á sacudir el yugo, en el primer momento que pueda volver su represada cólera contra la tiranía que lo oprime. Los pueblos se levantan: y muchos dando rienda suelta á su ambición desenfrenada, se ensanchan progresivamente, llegando muchos á una altura tal, que se creen capaces de dominar el universo y sojuzgar á todas las criaturas que se mueven desde el uno al otro polo; pero en los consejos de la eternidad suena una hora terrible para

1 Torquemada monarq. ind. lib. 2º del cap. 78 al 17. Clavijero his. ant. de México tom. 1º libro 5º página 213 á la 221 Herrera dec. 2º lib. 6º cap. 15.

estos vanos fantasmas, y el dedo omnipotente del Sábio Regulador de todas las naciones, marca el término de esta insensata carrera. Entonces aquellos gloriosos pabellones, que tremolaban victoriosos en las mas remotas regiones, se recogen entre sus pliegues, y avergonzados vienen á ocultarse entre las ruinas de los palacios de sus reyes, hasta que una nueva generacion sacudiendo el polvo que los cubre, los muestre á la faz del mundo, como una leccion elocuente de la vanidad que acompaña á todas las empresas del infeliz mortal! (2)

(2) En los momentos de dar á la prensa estas líneas, un rumor siniestro se mece sobre el azulado cielo mexicano: á su maléfico influjo, la bandera tricolor como la aguja imantada, se inclina en tono reverencial hácia el orgulloso pabellon de las estrellas: un rayo de luz se desprende del fondo de un abismo y semejante á la luz que se dió á ver en otros tiempos causando inquietudes en el ánimo supersticioso de Moctehuzuma y que hizo predecir al sabio y profundo Nezahualpilli grandes calamidades para sus pueblos, hace reflejar un resplandor lúgubre sobre nuestro suelo; y al ver al octogenario Seward dejar la comodidad de su ventajosa posición para medir nuestras enerespadas montañas al grave paso de su cabalgadura, una idea terrible preocupa á todas las imaginaciones, y millares de voces lanzadas en medio del mas amargo desconsuelo, pronuncian la palabra sacramental, con que la Víctima Infinita del Calvario, selló sus divinos lábios, «TODO ESTA CONSUMADO.»

Generalmente se cree, que el poder colosal que se eleva en nuestras fronteras del Norte, absorberá nuestra nacionalidad que languidece, devorada por los horrores de la guerra civil. Nadie es capaz de rasgar el velo con que el porvenir cubre á nuestros ojos los sucesos que han de ser; pero algunas páginas de la historia son

un antecedente bastante seguro, para deducir ciertos acontecimientos como precisa consecuencia.

El gobierno de nuestros vecinos, ensoberbecido por su poder, seguramente cree llega ya el momento de sentarse al sangriento festín, en que ha de paladear las palpitantes entrañas de su víctima; pero adormecido con los narcóticos aromas de sus laureles, no ha visto que al dar el primer paso en esta peligrosa senda, salva el nivel de sus bases naturales, y que extendiéndose una línea mas allá de sus límites, caerá como muchos arrogantes pueblos de la antigüedad.

Locura es, dicen muchos, querer que un pueblo agonizante, que no puede levantar su cabeza del lecho de muerte, suspenda la veloz carrera de un coloso en el apogeo de su prosperidad. ¡Poderoso argumento, por cierto, para la asustadiza y pueril razón de la infancia! Pero nos parece despreciable, al considerar: que las olas que en su despecho arrojan los abismos agitados por los elementos, humildes vienen á desarmarse de su furor, ante una línea sola de arena, que el dedo del Omnipotente, trazó en las playas de los mares.

Así todos los pueblos tienen marcado su destino, su altura y el término de sus días: cuando suena esta hora fatal, los acontecimientos se precipitan y la voz que del caos hizo surgir la creación, es bastante poderosa para suscitar héroes de las piedras y encender el fuego del patriotismo en corazones aletargados por la magia de una engañosa protección.

**FIN DEL TOMO PRIMERO.**

## SUPLEMENTO

-AL-

### TOMO I

### DE LOS ESTUDIOS

### SOBRE LA HISTORIA GENERAL

# DE MEXICO,

POR EL LIC.

IGNACIO ALVAREZ.



ZACATECAS:

IMP. ECONOMICA DE MARIANO R. DE ESPARZA.

Plaza principal, núm. 27, junto á Catedral.

1876.